

New York, Enero, 11.—En los principales periódicos de ésta se habla de un señor Manuel J. Carranza. Supongo que Ud. se ha equivocado pombándome otro. El "Sun," dice ser muy sharp. El "Herald" lo ha encombrado mas arriba de su décimo quinto piso con un tal A. de M. El "World" está atónito: aquí no se mienta á ese Matamoros. ¿Puede Ud. contratarme al señor Carranza y remitírmelo cuanto antes? La cosa urge.

Knickobcker.

Contestación.

Olvidé mencionar al señor Carranza en mi anterior cable. Suplícole disimular el olvido. Por el próximo correo remitiré al señor Carranza en un paquete postal.

E. R.

New York, Enero 11.—Suplico registren (certificar) al señor Carranza para que no se pierda. Sáquele el dinero de los bolsillos, para que pese menos. Por telégrafo viene más pronto.

Knickobcker.

(Nota del R.—Estos yankees son tan previsores para todo, que parece supieran. Pedir que se certifique don Manuel.....!!)

New York, Enero 12.—Recibí señor Carranza, muy obligado á Ud. Al hacer un ensayo en el casillero, Carranza se encurrió enterito por debajo de una de las ventanillas que quedaron desajustadas. Nuestro hombre ha salido en busca de dos italianos, por que dice no sirven los obreros yankees.

Knickobcker.

Contestación.

Siento mucho lo ocurrido. ¿Esa acción es de la exclusiva dirección del señor Carranza? Estamos en gran zozobra. Sírvase darme pormenores.

E. R.

New York, Enero, 13.—Hoy día de San Caralampio, fué encontrado don Carranza con los italianos.

Knickobcker.

Contestación.

Eso lo presumíamos. Nada nuevo nos dice Ud.

E. R.

New York, Enero, 13.—Está noche se representará en el Gran Casino, el drama de Echegaray "Los Anónimos." El señor Carranza asistirá al teatro y desea acompañarse de su amigo Anton, pues dice ser el mejor apuntador que existe en Costa Rica.

Puede Ud. hacerme un servicio más cual es el de contratármelo sin falta para hoy.

Knickobcker.

Contestación.

¿Cómo supo Ud. lo de Anton? Presumo que estos señores van á ser muy célebres en las estados de la unión y me atrevo á proponerle nombre Director General de Casilleros al señor Carranza y Secretario privado de éste á Anton.

E. R.

New York, Enero 14.—Carranza no dice nada. El casillero sigue mudo.

Se prepara una gran conflagración en la oficina de postas. Anton se encuentra en ésta y espera impaciente su contestación. El cable ha sido cortado por el submarino Peral y no hay más comunicación. El presente lo llegará por vía London.

Knickobcker.

GRAN FUNCION. Se prepara una muy grande de fantoches al natural á beneficio del casillero de la Dirección General de Correos.

El Director escénico es don Carranza.

Se suplica á los admiradores no devolver las localidades.

Primera representación *La gloria arrebatada* en prosa por Anton.

Oportunamente verán la luz los programas que seran redactados por *El Zurdo*.

COMO ÉSTE HAY MUCHOS.—Un caballero escribió á un amigo suyo que le mandase dos *albardas*, que según fama se fabricaban muy buenas en la ciudad en que el segundo habitaba; pero el escribiente se equivocó y puso *albardas* por *albardas*.

Pocos días después recibió el peticionario las dos albardas y en lugar de enojarse, escribió al amigo, de su puño y letra, otra carta, dándole las gracias. "Respecto á la estrañeza que le ha causado á U. mi pedido—añadía—debe cesar desde el momento en que le diga, que las dos albardas vienen muy bien: la una para mi escribiente por su equivocación y la otra para mí, por no leer lo que firmaba."

De "La Estrella de Oriente."

QUÉ PAR DE ELLOS.

En un callejón muy angosto encontráronse de frente dos coches; en el uno iba un Cuáquero, en el otro venía un luterano.

Cada uno pretendía que el otro debía cejar, aunque ninguno cedía.

El Cuáquero hizo apearse su coche, se cruzó de brazos y piernas y se dispuso á pasar allí el día.

El luterano se anelló en los almohadones diciéndose: "de aquí no me muevo".

Después de algunas horas el luterano sacó su eslabon y encendió un cigarro.

El Cuáquero encendió una pajerela, la aplicó á su pipa y se puso á fumar tranquilamente.

El luterano saco luego un periódico más grande que una sábana y se puso á leerlo hasta la última sílaba, cuando terminó le dijo el Cuáquero:

Caballero, volved á leer el periódico y cuando hayais terminado me haréis el favor de prestármelo.

Viendo el luterano el temple del Cuáquero, cejó, mandó retroceder su coche y el Cuáquero continuó impasible su camino.

A NADIE.

DE POTENTINI.

Todo podrán quitarte: tu leontina, tus lentes de oro, tu gentil sombrero, tus lances de Tenorio callejero, tu vicio de alcahuete y tu propina.

Muy bien podrán quitarte aquella mina que hallaste en la mujer de aquel tendero, tus hábitos ocultos de usurero y tu eterno vivir en la cantina.

Podrán quitarte el tujo, la insolencia, tus resabios de pillo y de perjuro, tus falsos humos de ribal triunfante.

Hasta podrán quitarte la existencia, pero nadie te quita de seguro, tu condición de torpe y de pedante.

À LA MUERTE.

Si has de venir al fin, ven cuando quieras y no traídora, y livida, y callada; ven, como si mujer enamorada de mi amoroso afán cómplice fueras.

Otros de tus visiones y quimeras huyan la acometida ó la emboscada. ó te llamen con voz desesperada para que pronto y sin piedad les hieras.

Yo, que ni juzgo bien el bien presente, ni llevo el corazón hecho pedazos, bajo en paz de la vida la pendiente;

Y espero en Dios que, al desatar sus lazos, tú, cariños, desués mi frente, y yo, feliz me dormiré en tus brazos.

MANUEL DEL PALACIO.

AL VIENTO.

Cuando era niño, con pavor te oía En las puertas gemir de mi aposento; Doloroso, tristísimo lamento De misteriosos seres te creía.

Cuando era joven tu rumor decía Frases que adiviné mi pensamiento, Y después, al cruzar el campamento, "Patra" tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento, azotando, en las oscuras Noches, de mi prisión las fuertes rejas, Pero hánme dicho ya mis desventuras, Que eres viento, no más, cuando te quejas, Eres viento, si rufes ó murmuras, Viento si llegas, viento si te alejas.

VICENTE RIVA PALACIO.

(México.)

EL AHORRO

por SAMUEL SMILES,

(Continúa.)

CAPÍTULO II.

HÁBITOS DE ECONOMÍA.

Que ningún hombre diga que no puede economizar. Hay muy escasas personas que no puedan poner sus medios para economizar algunos chelines semanalmente. En veinte años, guardando tres chelines semanalmente llegarían á ser doscientas cuarenta libras esterlinas; y en diez años más, con el aumento de los intereses, serían cuatrocientas veinte libras. Algunos podrán decir que no pueden economizar eso ni con mucho. ¡Bien! Principiad con dos chelines, un chelín, ó aunque solo sea medio chelín. Principiad con cualquier cosa; pero; de cualquier modo, empezad á hacerlo. Medió chelín por semana depositado en los bancos de ahorro, llegarán á cuarenta libras en veinte años, y á sesenta libras en treinta años. Lo que debe formarse es el hábito de economizar y de saber negarse uno á sí mismo determinadas cosas.

El ahorro no requiere un valor ni una inteligencia superiores, ni ninguna virtud sobrehumana. Solo requiere sentido común, y el poder de resistir á fruiciones egoístas. Realmente, el ahorro no es sino el sentido común en acción por un ejercicio diario. No necesita ninguna resolución ferviente, sino una pequeña y paciente abnegación de sí mismo. PRINCIPIA, es su divisa. Cuanto más se practica el hábito del ahorro, tanto más fácil se hace y tanto más pronto recompensa al que se rehusa á sí mismo, de los trabajos que se ha impuesto.

Podrá preguntarse: ¿Es posible que un hombre que trabaja por un sueldo pequeño pueda hacer economías, y pueda colocarlas en un banco de ahorros, cuando necesita hasta de un penique para la manutención de su familia? Pero el hecho está ahí: y es un hecho efectuado por muchos hombres laboriosos y sobrios, que se privan y colocan sus ganancias economizadas en bancos de ahorros, y en otros establecimientos para los ahorros de los hombres pobres. Y si algunos pueden hacerlo, todos los que se hallarán en iguales circunstancias, harán lo mismo sin privarse de ningún placer legítimo, ó ninguna fruición verdadera.

¡Cuán intensamente egoísta es la persona que recibe una buena paga y la gasta toda para sí; ó si tiene familia, gasta todas sus ganancias de semana en semana, y no guarda nada! Cuando oímos de un hombre que ha gozado de un buen sueldo, y que ha muerto sin dejar nada tras de sí—que ha dejado desprovistas á su mujer y su familia—que las ha dejado á la buena de Dios á que vivan ó mueran en cualquier parte, lo consideramos como fruto de la prodigalidad más egoísta. Y sin embargo, se piensa relativamente poco en semejantes casos. Quizá se hace una subscripción, pero éstas podrán producir algo, quizás nada, y los arruinados restos de la desgraciada familia caerán en la pobreza y en el desamparo.

Con todo un poco de prudencia podría haber evitado en gran parte ese resultado. La privación de cualquier fruición sensual y egoísta—el de un vaso de cerveza ó de unos cigarrillos—pondrían á un hombre en el transcurso de los años en condición de ahorrar por lo menos algo para otros, en vez de despilfarrar en sí mismo. Es un deber verdaderamente absoluto para el hombre más pobre, proveer aunque sea en pequeña escala, al sostén suyo y de su familia en las épocas de enfermedad y de desamparo que á veces caen sobre los hombres cuando menos esperan semejante visita.

Relativamente pocas personas pueden ser ricas; pero los más se hallan en el caso de poder conseguir lo bastante por medio de la laboriosidad y de la economía, para proveer á todas sus necesidades personales. Hasta pueden llegar á ser poseedores de suficientes ahorros para asegurarlos contra la penuria y la pobreza en su ancianidad. Sin embargo, no es la falta de oportunidad, sino la falta de voluntad, la que se atraviesa en el camino de la economía. Los hombres pueden trabajar incesantemente con las manos ó la cabeza; pero no pueden abstenerse de gastar demasiado liberalmente, y de vivir holgadamente.

El mayor número prefiere el goce del placer á la práctica de la abnegación de sí mismo. En la generalidad de los hombres, es superior el animal. A menudo gastan todo lo que ganan. Pero no son únicamente los obreros los malgastadores. Oímos de hombres que durante años han estado ganando y gastando centenares de libras esterlinas al año, que mueren de pronto, dejando á sus hijos sin un penique. Todos conocen casos semejantes. A su muerte, hasta el ajuar en que han vivido pertenece á otros. Se vende para pagar los gastos del entierro y las deudas en que han incurrido durante su pródiga existencia.

El dinero representa una porción de objetos sin valor, ó sin utilidad real, pero también representa algo mucho más precioso, como es la independencia, y desde ese punto de vista es de grande importancia moral.

Como una garantía de independencia, la modesta y plebeya cualidad de la economía es ennoblecida y elevada á la vez al rango de una de las virtudes más meritorias. "Nunca tratéis con ligereza los negocios de dinero, dijo Bulwer, el dinero es carácter." Algunas de las cualidades mejores del hombre dependen del verdadero uso del dinero, tales como su generosidad, benevolencia, justicia, honradez y previsión. Muchas de sus peores cualidades también tienen origen en el mal uso del dinero, tales como la codicia, la tacañería, la injusticia, el despilfarro y la imprevisión.

(Continuará.)